

El libro que no fue escrito

La reedición de **El primer hombre**, la obra inconclusa de **Albert Camus**

JAIME PRIEDE

Cada libro establece una ruta singular entre autor y lector y a veces merece la pena detenerse en su historia textual para conocer el estado del firme. Como es sabido, **Albert Camus** (Mondovi, Argelia, 1913) muere en un accidente de tráfico en 1960, tres años después de recibir el Nobel, y entre sus pertenencias se recoge a pie de carretera un maletín negro en el que llevaba un manuscrito inconcluso titulado **El primer hombre**. Francine, su primera esposa, se negó rotundamente a su publicación y fue su hija Catherine quién concedió los permisos 15 años después de la muerte de su madre, en 1994. Este año en el que estamos, se reedita al cumplirse el 25º aniversario de aquella publicación que Francine había intentado evitar bajo la premisa de que Camus jamás lo habría consentido. Y posiblemente sea cierto. Aquella fría mañana de enero, se dirigía precisamente al despacho de Gallimard para mostrarle el libro en que estaba trabajando. El autor nunca habría sospechado que se haría público en ese estado embrionario y que así formaría parte de su bibliografía.

Dejando a un lado la rentabilidad económica que en estos casos genera la publicación de textos inéditos en el estado en que se encuentran, ya desde **La Eneida de Virgilio** nos enfrentamos a un debate nada sencillo de abordar entre la voluntad de un creador y el interés general de su obra. Obviamente, en vida del autor no tendría sentido publicar un borrador que solo debe conocer el editor y quien el autor considere oportuno, pero una vez que no hay posibilidad de continuarlo, el borrador se convierte en obra definitiva sin dejar de serlo.

La pregunta que nos podemos hacer en este caso es si el manuscrito, tal como está, aporta algo a la obra de Camus que merezca contradecirle o nos valdría con saber, por testimonios cercanos y algún apunte propio, que estaba escribiendo lo que probablemente iba a ser el libro total, es decir, el testimonio de su propia vida. Sin duda, **El primer hombre**, de haberlo concluido, habría sido un libro capital en la bibliografía de Camus, pero en el estado embrionario en que lo dejó, casi sin signos de puntuación y apenas una tercera parte de lo proyectado, no pasa de ser un pie quebrado, no tanto estilísticamente, que en este caso no puede ser un criterio aplicable, sino desde la intencionalidad con que había sido proyectado y su verdadero alcance. Para un autor con una conciencia de la justicia tan profunda como fue Camus (cuántas veces habrá repetido la palabra "justicia" en su vida), un escritor tan moralista, que en su caso no tiene nada que ver con ser predicador de una moral, tal situación provocaría, y esto no es más que una opinión personal, un sentimiento cercano a la ira.

El borrador inconcluso de **El primer hombre** nos adentra en el mundo más personal de Camus. Todo iba a estar ahí, en ese libro, y lo poco que conocemos nos permite vislumbrar cómo se comienzan a gestar valores fundamentales en su vida como la



El primer hombre

Albert Camus

Traducción de Aurora Bernárdez

Tusquets, 2019

304 páginas; 19,00 euros

lealtad, la generosidad, la rectitud, la responsabilidad, la dignidad o la exigencia consigo mismo. También esa avidez por vivir de Camus que siempre cohabitó con una pena sorda al fondo. El manuscrito se compone de 144 páginas escritas a veces sin puntos ni comas, con una caligrafía rápida, según dicen sus editores, en ocasiones difícil de descifrar, en ningún caso corregido todavía por el autor. El texto se ha recompuesto ortográficamente en lo posible. Se añaden las hojas sueltas insertas en el manuscrito y el pequeño cuaderno de espiral y papel cuadriculado que bajo el lema "El primer hombre (notas y proyectos)" incluye diversos apuntes que permiten intuir la ambición de lo que traía entre manos y la importancia que para Camus tenía el proyecto. Pensado como novela, no como libro de memorias, elige el nombre de Jacques Cormery para su alter ego y solo tuvo tiempo para esbozar dos apartados: "La búsqueda del padre" y "El hijo o el primer hombre".

La primera de ellas se centra en la infancia de Camus con una vuelta de Jacques Cormery a su barrio para visitar a su madre. Recuerda entonces una infancia vivida en una miseria absoluta con la ausencia del padre, muerto en la Primera Guerra Mundial, y bajo el cuidado de una abuela autoritaria y una madre analfabeta, casi muda. Nadía a su alrededor sabe leer, pero es precisamente en la miseria donde toma conciencia de la libertad. Un mundo de pobreza, de luz y de mar donde crece y cuyo recuerdo le preservó, según él mismo dejó escrito, de dos peligros opuestos que amenazan a todo artista: el resentimiento y la satisfacción.

La segunda parte hace referencia a su primera formación intelectual, en la que jugó un papel muy importante Louis Germain, su primer maestro de escuela, como reconocería Camus en el discurso de entrega del Nobel. Gracias a su ayuda y a una beca por su condición de huérfano de guerra, podrá continuar sus estudios de bachillerato, lo que supone el descubrimiento de un nuevo mundo lejos de la miseria que le vio nacer, pero que le obliga a vivir dos mundos escindidos, el de su familia y el de su formación. Eso fue lo que metió aquella mañana en un maletín negro y quizá no debería haber salido nunca. Ni él ni su manuscrito.

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

El rastro de la vida a los 80 años en la pluma maestra de Dixon

Es posible que el neoyorquino **Stephen Dixon** (1936) sea el más relevante de los narradores estadounidenses apenas conocidos en España. De hecho, sólo una editorial, la argentina Eterna Cadencia, se ha propuesto, y no hace tanto, verter su obra al castellano. De Dixon conocemos los volúmenes de relatos **Calles** y **Ventanas**, así como su angustiosa novela **Interstatal**. Pues bien, estas **Historias tardías** con las que se prosigue la singladura participa de ambos géneros. Por un lado, parece que el lector esté en presencia de 31 relatos protagonizados por un escritor, viudo reciente, y por su memoria casi invernal. Pero por otro, es toda una novela en escenas lo que desfila ante sus ojos. De modo que **Historias tardías** explora formas de conducir relatos que deben converger en un fresco único. Y lo hace con una gozosa maestría, edificada en las arenas movedizas de la madurez avanzada. El rastro de la vida a los 80 años.



Historias tardías

Stephen Dixon

Trad.: Ariel Dillon

Eterna Cadencia

384 pág. 17,90 euros



Sumar

Diamela Eltit

Periférica

192 páginas

16,50 euros



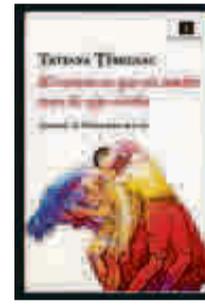
Simbad

Gyula Krúdy

Trad.: Adan Kovacsics

La Fuga

160 pág. 16,50 euros



El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes

Tatiana Tibuleac

Trad.: M. Ochoa de Eribe

Impedimenta

256 pág. 20,50 euros

Eltit, la palabra exigente al servicio de la lucha inagotable

La chilena **Diamela Eltit** forja sus novelas con una alambicada de espíritu de combate y exigencia literaria. Aunque su carrera se remonta a 1983, cuando publicó **Lumpérica**, es fácil que el público español no oyera hablar de ella hasta que en 2012 *Periférica* puso en las librerías **Jamás el fuego nunca**, y, después, ya en 2015, la celebrada **Fuerzas especiales**. Eltit, fajada en la resistencia a **Pinochet**, es experta en domeñar las resistencias del lenguaje y, mediante un fino juego entre hablas populares y cultas, resquebraja las celdas que lo domestican. Y lo vuelve a hacer en **Sumar**, donde pone en escena una peculiar larga marcha. La de un enjambre de vendedores ambulantes –nómadas expulsados del confort, pobres necesarios para el consumo de lo falso– que se conjuran para recorrer los miles de kilómetros que los separan de "la moneda", doble símbolo del poder político y de su propio modo de vida. Palabras mayores.

Cuando Simbad viajó a Hungría a conocer el cambio de siglo

Lo mejor es casarse con una mujer cuyo primer marido haya muerto en la horca. La clave del aserto está en las páginas de **Simbad**, antología de una quincena larga de relatos del húngaro **Gyula Krúdy**, entre ellos el titulado con ese curioso consejo. A una mayoría de lectores, el nombre del padre espiritual de **Sándor Márai** no les dirá nada, pero drenar esa laguna es un aliciente del volumen. Otro, mayor aún, es disfrutar con la imaginación, el humor y la capacidad para pasar de la melancolía al viaje onírico, o de la ironía al esperpento, que impregna la prosa de Krúdy (1878-1933). Escritor incansable desde los quince años, había alumbrado ya 1.500 relatos cuando decidió apropiarse de **Simbad**. Se lo llevó al ocaso del XIX, le dio un punto amargo y lo sumió en viajes exteriores e interiores que destilan aventuras hilarantes y ríos de desazón ante la vacuidad del siglo. Ahora, resucitado otra vez, nos espera.

Toneladas de odio adolescente en una historia con reversa

Las primeras páginas de **El verano en que mi madre tuvo los ojos verdes** son como un puñetazo en el mentón. ¿Es posible escupir tantos dardos de odio en tan pocas líneas y con tanta precisión? Debe de serlo, porque el adolescente **Aleksy**, un tipo difícil, no deja de hacerlo línea a línea. Mataría a su madre, que se alza ante sus ojos, aunque poco, como un cúmulo de despropósitos biológicos. Pero, para su desgracia, este hijo de la emigración eslava a Inglaterra, con una hermana muerta y un padre evaporado, tiene que irse de vacaciones con ella a la vecina Francia. Y ahí le llega la revelación que inerva el título. Porque esos ojos verdes, para **Aleksy** lo único bello de su madre, pasan a ser de pronto señales en primer plano de una senda de reconciliación. La moldava **Tatiana Tibuleac** (1978) se estrena en la novela con esta historia de vidas rotas que se devora de un tirón. Si la mano que pasa la página no tiembla demasiado.